Khartum. Afortunadamente un negociante francés, en muy buena posición y muy cortés, se pone completamente á nuestra disposición, allanándonos muchos obstáculos. Gracias á sus cuidados, nos procuramos y armamos una barca grande que nos permitirá subir el Nilo. Siguiendo sus consejos, hemos despachado á los camelleros, y en lugar de deshacernos de nuestros caballos, hemos comprado más. Haremos, pues, el viaje unas veces por tierra y otras por el agua: por el Nilo cuando presente algún interés, y á caballo cuando los mapas nos indiquen alguna curiosidad que visitar en los alrededores.

XXXVII

Nuestra barca carga ochenta toneladas y formamos á bordo un total de veinticinco personas, contando los marineros y criados. No somos dignos de compasión, pues la mayor parte de estos barcos que atraviesan el Nilo llevan un centenar de personas, sin hablar de los que llevan doscientos ó trescientos esclavos, apretados los unos contra los otros, ó encaramados como las gallinas en unas traviesas colocadas horizontalmente de un palo á otro.

Afortunadamente no hallaremos ninguna embarcación destinada al comercio de esclavos. Baker, que se encuentra actualmente en Gondokoro, vigila muy bien los ríos. Cumple una misión muy digna, pero no obtendrá los resultados deseados mientras no ejerza una estricta vigilancia en los caminos que conducen al Nilo. Según me aseguran, el gobernador de Kordofán ha permitido la entrada á más de quinientos tratantes en esclavos. La mayor parte de esos *moudirs* trafican ellos mismos, y lejos de impedir el comercio que ataca Baker con tanta energía, lo protegen.

A la proa de la barca hemos mandado hacer una especie de cajón para nuestros caballos; á popa nos separa de nuestros criados otra división, que á su vez forma dos camarotes, uno para la señora de Guéran y su dama de compañía, y el otro para nosotros. Estas barcas, destinadas á la navegación del Nilo, se llaman *negghers*. La nuestra nos la han enviado de Khartum, y probablemente nos quedaremos con ella para seguir navegando por el Nilo, si nos dirigimos á Gondokoro. No tiene más que un palo de unos veinte pies, con una verga muy grande y una vela latina.

¡En marcha! Sopla aire del Norte, que reina aquí casi todo el año, y como nos favorece, lo aprovechamos para hacernos inmediatamente á la vela.

Pronto apercibimos á la orilla izquierda y á unos dos kilómetros del río, El-Obisch, á la derecha Kennour, y algunas horas después nos señalan la embocadura de un río impor-

tante, el Athara, que va á perderse en los confines de la Abisinia.

La anchura del Nilo es imponente; á una de sus orillas se extienden grandes bosques; por la otra se adivina el desierto de Bahiouda, detrás de grandes colinas. A la puesta del sol, parece que este desierto, situado al Occidente, está devorado por un gran incendio, que viene á reflejarse en las copas de los árboles de la orilla oriental. Nuestra barca desciende lentamente y parece mirarse con delicia en las cristalinas y tranquilas aguas en que navega, mientras que inmensos rebaños de cabras y bueyes, carneros y camellos se acercan al río para apagar su sed.

El horizonte cambia aquí ya: las plantas han reemplazado á los árboles. Se ven grandes espesuras de calotropis; arbustos de acacia solem; bosquecillos de salvadora y de dourah. Tórtolas é infinidad de avecillas, de rubia garganta, y otras, negras como el azabache, revolotean por este océano de verdura.

Hoy desembarcamos, después de haber dado orden á los marineros que continúen y vayan á esperarnos á Chendi. Queremos montar un rato para variar.

Un galope de dos horas nos conduce á la antigua ciudad de Meroé, notable por sus ruínas y sus pirámides. Meroé era hace algunos años una capital floreciente, por su comercio, su seminario y sus monumentos. He aquí cómo encontramos de pronto, y como saliendo de debajo de tierra, un pasado gigantesco.

A la puesta del sol tuvimos que buscar un

asilo. Nos fué éste ofrecido por los árabes Djaalín, que pusieron á nuestra disposición dos tiendas de campaña muy confortables. Cuando después de haber cenado muy superficialmente, nos disponíamos á retirarnos á nuestras habitaciones, á fin de poder continuar nuestra marcha al romper el alba, sorprendió nuestro olfato un olor que ninguno de nosotros conocíamos. Mandamos á Alí, que se había venido con nosotros, á preguntar lo que era, y pronto nos explicó una práctica de lo más curioso: las mujeres de este país han ideado seducir á sus maridos con perfumes, para suplir su falta de encantos, y se los propinan de manera que puedan parecer naturales. Para obtener este resultado hacen un agujero en el suelo, lo llenan de carbón encendido y echan luego plantas y maderas olorosas. Cúbrense en seguida de piés á cabeza con una colcha de algodón y se colocan encima del mencionado horno, tomando así un baño de vapor aromatizado. Los maridos, muy sensibles á esta atención, olvidan la fealdad de sus mujeres y se embriagan con el perfume que exhalan.

—Entonces—dijo Periéres—en este país no se dirá, mi mujer es bonita. Se dilata la nariz, se aspira voluptuosamente el ambiente y se exclama: mi mujer es muy fragante.

Esta mañana hemos encontrado nuestra barca, que había navegado toda la noche y nos esperaba en Chendi. Esta ciudad evoca aún grandes recuerdos: según dicen, era la famosa isla de Meroé de los antiguos, poderoso Estado del cual Tebas era tributaria.

CAPILLA ALFONSINA

Todo aquel esplendor se ha extinguido, pero Chendi, deseosa de que se hable de ella, es hace mucho tiempo un gran depósito de esclavos.

Nuestra barca nos pasa al otro lado del río á una ciudad mucho más moderna, cuyas casas, agrupadas irregularmente, tienen el aspecto de un hormiguero, pero muy populosa y visitada con frecuencia por los tratantes en esclavos y marfil; se llama Matamma. No sólo la hemos recorrido toda á caballo, sino que encantados aún por la excursión del día anterior, tuvimos la idea de aventurarnos hasta la entrada del desierto de Bahiouda, del cual sólo habíamos visto las demás desde nuestra embarcación. Esta excursión me recuerda un episodio muy curioso, una aventura muy dramática, que me conmovió profundamente y creo os causará el mismo efecto.

XXXVIII

»¿A qué sentimiento obedecíamos al lanzarnos así al Desierto? En lugar de correr hacia adelante, hubiera sido más lógico seguir la corriente del Nilo y llegar hasta Khartum.

Sin duda se han acordado Perières y Delange de las sensaciones que experimentaron al perseguir los beduínos de Hedjaz y han

querido volverlas á sentir en este Desierto. Salieron á galope y nosotros los seguimos sin reflexionar, ó tal vez después de haber reflexionado y querer experimentar también las sensaciones ya dichas. En cuanto á la señora Poles, sólo la había guiado su amor propio, deseosa de hacerse admirar como amazona, y debo reconocer que si bien monta todo lo peor que se puede, al menos es muy intrépida y tiene mucha resistencia.

Pronto nos suplicaron nuestros guías árabes que moderásemos nuestra carrera. Les obedecimos, pero no sin protestar; habíamos perdido la idea del tiempo y de la distancia recorrida y no creíamos estar tan lejos de Matamma como pretendían.

Omar nos hizo observar para justificarse que nos hallábamos al paso de las caravanas, y nos enseñó á lo lejos, como una prueba de sus palabras, una raya larga que se arrastraba por la arena, que el sol hacía brillar.

—¿Qué es aquello?—murmuró la señora de Guéran:—¿es una ciudad ó una colina?

—Más bien parece una nube—dijo Perières;—no está quieto, sigue una dirección.

—No es ni una nube ni una montaña—repuso Omar;—aquella raya es producida por una caravana muy larga que viene de Kordofan y se dirige á Nubia atravesando el desierto de Bahiouda.

—Y es una caravana de esclavos—añadió el intérprete.

—¿Como lo sabéis?—le dije.

—Porque si fuesen hombres libres no arros-

trarían inútilmente los sufrimientos del Desierto; se aproximarían más al Nilo. Si no lo hacen es porque han oído hablar en el Sud del general Baker; temen verse atacados y que les quiten sus esclavos.

—¡Hola!—exclamé en un arranque de esos de irreflexión que tanto me criticáis:—¿por qué no hemos de hacer para esas pobres gentes el papel de Baker?

—Eso sería una locura, amigo mío—repuso Delange.—No hemos venido á Africa para batirnos sin venir á cuento, ni podemos tener la pretensión de reformar nosotros cinco las costumbres del país.

—El doctor tiene razón—dijo la señora de Guéran.—Estamos destinados á ver muy á menudo espectáculos desagradables, y es preciso que tengamos la suficiente fuerza de voluntad de no mezclarnos en ellos, pues sobre ser inútil, sería muy peligroso.

—Añadiré, si no lo lleváis á mal—dijo la señora Poles—que no es en el Nilo, como lo hace mi compatriota, ni en el Desierto como pretendéis, donde se debe cortar tal comercio. Es necesario atacarlo donde tiene su origen: en la Turquía de Asia, la Arabia, Persia y algunas ciudades de Egipto. Lo que hay que atacar es el lujo insaciable de estos países; si los sultanes, sus ministros, sus mujeres, los más pequeños gobernadores de provincia y todo hombre enriquecido, no tomara como cuestión de amor propio poseer el mayor número posible de esclavos; si dos mil miserables, asalariados por ellos, no fuesen á reclutar

CAPILLA ALFONSINA

al interior de Africa el objeto de lujo ambicionado, ese comercio no tendría razón de ser, y la civilización podría penetrar en el país. He estudiado mucho esta cuestión con mi pobre Alexina Tinne, y os aseguro que no me equivoco.

Mientras así hablábamos, nos íbamos acercando á la caravana.

Podía distinguirse muy claramente una columna, que según los cálculos de los intérpretes, se componía de dos ó trescientas personas.

—Estoy más convencido que nunca que es una caravana de esclavos—dijo Alí.

Al preguntarle por qué estaba tan convencido de ello, nos respondió:

—No veo camello ninguno, y es porque los esclavos hacen el oficio de animales de carga.

—A fe mía—exclamé—que deseo ver eso de cerca, y puesto que decís, baronesa—proseguí volviéndome hacia ella,—que es preciso endurecer el corazón, aprovechemos esta ocasión.

Metí espuelas al caballo y todos me siguieron, tanto por hacerme compañía como por curiosidad.

Una vez emprendida la carrera no teníamos por qué detenernos; ya no corríamos á la ventura, sabíamos adónde íbamos y cuál era el fin de aquella excursión en el Desierto.

Al cabo de una hora llegamos al lado de la caravana, ó mejor dicho, nos colocamos en el sitio por donde debía pasar.

Se avanzaba lentamente, paso á paso; pare-

cía arrastrarse por la arena como una serpiente. Por fin desfiló por delante de nosotros.

El jefe marchaba á la cabeza, envuelto en un gran albornoz, silencioso, meditabundo y llevando al hombro su carabina. Cinco ó seis árabes, vestidos y armados como él, iban á su lado, volviéndose de cuando en cuando para dirigir una mirada al inmenso rebaño humano que los seguía.

Al pasar por delante de nosotros nos saludaron moviendo la cabeza y los labios, pero sin detenerse ni manifestar la menor desconfianza.

Detrás de ellos desfilaba toda la caravana, compuesta de doscientas cincuenta á trescientas personas, en fila las unas tras de las otras. Una cuerda larguísima, que partía de la cabeza de la columna y acababa con ésta, los dividía y los unía á la cuerda unas cadenitas de hierro que llevaba en el brazo izquierdo cada uno de los prisioneros.

Hombres, mujeres y niños, así encadenados y unidos unos á otros, parecía que no eran más que un solo cuerpo vivo obediente al mismo impulso.

De grupo á grupo mediaba un espacio de sesenta centímetros, lo que representaba más de ciento de extensión de este racimo humano. Una escolta de tres ó cuatro hombres armados cerraba la columna y diez árabes, cinco á cada lado, vigilaban los flancos.

Todos los esclavos iban casi desnudos y llevaban en la cabeza pesada carga; unos *dourah* de arroz y otros de odres, llenas de agua.

Estos últimos, de quienes sus dueños tenían sospechas—por saber que aspiraban con ansia á ser libres—de que pudieran fugarse, á fin de castigarles por este crimen, llevaban mayor carga, y para que pudieran resistirla, llevaban sostenido el cuello por una especie de horca que no les dejaba volver la cabeza.

Así como los dueños habían pasado ante nosotros con aire desdeñoso, los esclavos, en cambio, nos miraban con desesperación y temor.

Os aseguro que semejante espectáculo es desgarrador, y á pesar del esfuerzo que hacíamos para dominarnos, nos era muy difícil ocultar la emoción que nos embargaba. Periéres se atusaba el bigote, Delange la barba, la señora Poles limpiaba los cristales de sus anteojos, y la señora de Guéran enjugaba una lágrima que corría por su mejilla.

A la cola de la columna iban las mujeres, los enfermos y los niños, también con su cadena y una carga en la cabeza.

Una mujer de unos veinte años, de cuerpo enjuto, rostro enflaquecido y lánguida mirada nos llamó la atención. Apenas podía con el peso que llevaba y que la agobiaba; apenas podía sostenerse de pié; iba jadeando y llorando.

Lejos de querer enternecernos, parecía, al contrario, que deseaba ocultar su desgracia y su humillación; volvía la cabeza haciendo esfuerzos en vano para erguir el cuerpo. Pero á pocos pasos de nosotros las fuerzas le abandonaron y cayó en tierra. Los que á su lado es-

taban ni aun lo repararon; porque dado el impulso, la caída de un individuo no podía ni aun influir en el paso de las doscientas personas restantes.

Amarrada por la muñeca á sus compañeros fué arrastrada con ellos, ó mejor dicho, por ellos, siguiendo el movimiento general.

Silenciosos, inmóviles y más conmovidos que nunca, veíamos aquel desgarrador espectáculo.

De pronto uno de los vigilantes reparó en la esclava cuya carga rodaba por el suelo mientras la joven medio desmayada y espirando era arrastrada por el cortejo. El vigilante se dirigió á ella, la increpó duramente y viendo que no respondía, alzó el brazo y descargó sobre ella una correa de cuero.

Entonces sentimos una especie de conmoción eléctrica, nos corrió por todo el cuerpo un escalofrío, y á nuestro silencio sucedieron los gritos de indignación que no pudimos contener, y de meros pasivos espectadores pasamos á ser activos actores, como vais á ver.

CAPILLA ALFONSINA

XXXIX

«Obedeciendo al mismo pensamiento, presa de igual indignación, nos habíamos lanzado todos en socorro de la desdichada esclava. En un segundo, el hombre que la golpeaba fué derribado y desarmado por Delange, por Periéres ó por mí, quizá hasta por la señora Poles: no puedo deciros con certeza lo ocurrido.

Pero la columna continuaba su marcha y la mujer era arrastrada por ella; comprendimos inmediatamente que no sólo se trataba de vengar á la infeliz, sino que era preciso socorrerla y salvarla.

Obligué al hombre á seguirme, alcanzar la esclava y soltar su cadena: mi revólver tenía una elocuencia irresistible; la mujer quedó libre y la señora de Guéran, desmontando al mismo tiempo que el doctor Delange, la prodigaron auxilios.

Este episodio no había podido pasar desapercibido de los hombres de la escolta y de su jefe, que marchaba á la cabeza; la tranquilidad, la indiferencia que mostraban al cruzarnos no eran sino afectadas: sin duda nos observaban al descuido y se daban cuenta de